

EL «PÓRTICO» DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA: LAS BIENAVENTURANZAS

Después de haber examinado el pilar fundamental del Sermón de la montaña, es decir, el Padrenuestro, podríamos entrar directamente en la lectura del texto, preguntándonos cuáles serían los trayectos penitenciales indicados en el Sermón del monte.

Sin embargo, me ha parecido oportuno –después de haber expresado mi opinión y la de muchos exegetas sobre el pilar fundamental— decir también una palabra sobre el solemne pórtico del discurso, y ello porque, junto al Padrenuestro, el discurso está impregnado por la atmósfera de las bienaventuranzas.

En este tema reflexionaremos sobre las bienaventuranzas, considerándolas como puerta de ingreso al discurso; en la conclusión, en cambio, las veremos como cumbre de la descripción del discípulo. Aquí nos interesan porque nos ofrecen el grandioso pórtico del texto de Mateo. Ellas son, además, la parte más conocida; más aún, muchas personas, sin haber leído el texto de Mateo por entero, lo identifican *simpliciter* con las bienaventuranzas. En todo caso son las páginas más conocidas del Evangelio.

Su posición en el texto es ciertamente privilegiada, porque abren al discurso, dan el tono y garantizan así la entrada solemne, y hasta podría decirse que inolvidable; aunque constituyan solo la introducción o el pórtico, representan perfectamente el espíritu del discurso.

Es importante leerlas en sentido fuerte y un poco exclusivo: «Dichosos aquellos y *solamente* aquellos» que son pobres, mansos, limpios de corazón... Son los *únicos* felices, *solo* de ellos es el reino de los cielos, *solo ellos* encontrarán misericordia.

De momento no me detengo en cada una de las bienaventuranzas, sino que me limito a unas indicaciones preliminares. Desarrollaré dos reflexiones: la primera sobre la estructura de las bienaventuranzas y la segunda sobre su interpretación; añadiré algunas notas sobre el tema de una posible «impracticabilidad» sea de ellas así como de todo el Sermón de la montaña.

LA ESTRUCTURA DE LAS BIENAVENTURANZAS

Elegimos analizarlas según la formulación de Mateo, aunque el mismo trabajo sería posible según la formulación de Lucas. Sin profundizar en la comparación, observamos, en cualquier caso, que Mateo tiene nueve, mientras que Lucas solamente cuatro, a las que le siguen sus contrarios: cuatro «malaventuranzas» que no eran probablemente originales y que confirman en términos negativos lo que las bienaventuranzas afirman (cf. Lc 6,24-26). Mateo, por su parte, ha introducido ciertamente alguna añadidura, respecto a la pobreza de espíritu, al tema de la justicia y, quizás también, al tema de la mansedumbre.

Nos podríamos preguntar cuál sería la formulación más antigua; en todo caso se trata de algo que no es posible probar de manera evidente. Son, en cualquier caso, tradicionales; y nos llevan al espíritu de la predicación de Jesús.

Probablemente han sido ensambladas en un segundo momento, mientras que al principio existían separadas, como se encuentran muchas en los evangelios: «Dichoso el que no encuentre en mí motivo de tropiezo» (Mt 11,6); «dichosos vosotros por los que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestros oídos» (13,16); «¡dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá» (Lc 1,45); «más bien dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (11,28)... En verdad es difícil descubrir la prehistoria de las bienaventuranzas.

Ciertamente en Mateo están muy bien construidas, con una estructura cuidadísima.

Ante todo, llama la atención la utilización de la figura retórica de la *inclusión*. La octava bienaventuranza repite a la letra la primera: «Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, *porque de ellos es el reino de los cielos*», «dichosos los pobres en el espíritu, *porque suyo es el reino de los cielos*», sugiriendo que las bienaventuranzas se enmarcan bajo el signo del Reino.

A mitad del texto encontramos la cuarta bienaventuranza: «Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios [lit.: justicia]», que se puede relacionar con la octava: «Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios [lit.: justicia]», donde se pone de relieve la repetición del término «justicia»: una palabra clave para Mateo y que se encuentra cinco veces en el Sermón de la montaña. Las dos menciones de la justicia permiten dividir las bienaventuranzas en dos estrofas, compuestas respectivamente por las primeras cuatro y por las segundas. Las primeras son, por así decir, antitéticas, construidas por contraste, por contraposición: afligidos-consolados, hambrientos-saciados. Las últimas cuatro están estructuradas con naturalidad: misericordiosos-encontrarán misericordia.

Los exegetas han observado que las primeras cuatro están compuestas por treinta y seis palabras y, de igual modo, las segundas cuatro. La última bienaventuranza, la novena (5,11), está compuesta por treinta y cinco palabras, y está dirigida directamente a los discípulos: «Dichosos vosotros».

Una composición tan armónica no parece ser fruto de la casualidad. Como veis, la propia construcción del fragmento es para nosotros muy instructiva.

LA INTERPRETACIÓN DE LAS BIENAVENTURANZAS

El más importante es el segundo punto: la interpretación de las bienaventuranzas. Antes de nada, podemos afirmar con certeza que se deben leer en relación con el Reino, que deben ser entendidas como una explosión de alegría consiguiente a la realidad del Reino iniciado e inminente. Por otra parte, sobre su interpretación siempre se ha discutido. A este propósito destaco dos problemas fundamentales: uno exegético y otro hermenéutico. El primero lo describo porque se refiere a la exégesis; pero es obvio que me interesa sobre todo el segundo.

El problema exegético es doble.

– Ante todo se trata de determinar qué nivel de discurso se quiere examinar en las bienaventuranzas: aquel de Jesús, es decir, el de su primera formulación oral, aquel de la predicación oral en la comunidad primitiva o, en fin, aquel del texto que tenemos delante. Entre los tres estratos existe una continuidad, pero también hay matices significativos.

Es probable que el primer estrato, aquel de la predicación oral de Jesús, fuera proclamación, anuncio gozoso del Reino: dichosos vosotros, los pobres, porque el Reino ya está aquí y cambia las situaciones humanas.

En cambio, no se puede negar que Mateo haya representado un tanto moralmente el conjunto, y que por eso las bienaventuranzas tiendan a convertirse en comportamientos del Reino. Al inicio son como una exclamación de alegría porque las cosas han dado la vuelta; este dar la vuelta se convierte luego en algo relevante para la comunidad.

Pues bien, si para Jesús era sobre todo proclamación, para Mateo es **paráclisis**, es decir, consolación (quien se encuentra afligido, es pobre de corazón, humilde, manso, misericordioso, puede estar seguro de que el reino de Dios es suyo) y **parénesis**, es decir, exhortación a vivir como discípulos. Puesto que la Buena Noticia transforma la existencia de aquellos que la acogen, las consecuencias y las aplicaciones que el evangelista subraya explican cómo debe ser esa transformación para ser auténticos discípulos de Jesús.

El primer problema exegético es, por tanto, el de determinar perfectamente el nivel en que queremos leer las bienaventuranzas. Para nosotros, obviamente, es el nivel de Mateo, porque la Iglesia nos las ha transmitido así, si bien podemos lícita y justamente considerar que en el nivel de Jesús era más fuerte el aspecto de la proclamación, mientras que en la Iglesia es más fuerte el aspecto de consolación y de exhortación.

El segundo problema exegético

El segundo problema exegético consiste en traducir exactamente los términos que las expresan y establecer qué actitudes son aquellas a las que corresponde la promesa de una recompensa. Las traducciones son, en efecto, muy distintas.

Así, por ejemplo, en el caso de la bienaventuranza de los mansos. Para algunos autores, mansos serían, con una acepción casi política, aquellos que renuncian a la violencia, a la guerra de liberación y al terrorismo típico de los zelotas, aquellos que no se toman la justicia por su mano. Para otros se trata, en cambio, más éticamente, del dominio de la ira, según la línea clásica aristotélica (Aristóteles ponía la mansedumbre como el justo medio entre irascibilidad y bondad, aquel justo medio por el cual una persona no se enfada fácilmente, pero sabe tomar sus decisiones). Para otros, mansedumbre sería más bien sinónimo de humildad. Un autor muy reciente – Ulrich Luz (Berna, Suiza), exegeta evangélico – piensa que se trata de la humildad que se expresa con amabilidad, y traduce: «Dichosos aquellos que son amables». La misma variedad de significados se verifica en todas las bienaventuranzas. Hay entonces una escala de significados,

obviamente cercanos, que se vinculan entre sí y que apelan unos a otros, pero que comportan matices distintos. No es fácil averiguar exactamente el sentido de las palabras.

Nace así el *problema hermenéutico*, sobre el cual deseo insistir, y lo expreso con una pregunta: ¿cómo debo yo vivir hoy las bienaventuranzas?

Para aclarar el sentido absolutamente exacto del vocablo o encontrar su sentido primario, considerando el estrato preciso en el que tal vocablo se sitúa, creo, en efecto, que no es necesario andarse con tantas disquisiciones sobre lo que dicen los exegetas. Se trata más bien de captar el conjunto del mensaje y de plantearse, como ya he dicho, la pregunta práctica: ***en el marco del reino de Dios, ¿qué me da la felicidad hoy? O viceversa: en el marco del reino de Dios, ¿qué siento que me falta y me daría alegría si se me diera?***

Cada uno es así ayudado a descubrir el sentido *para* sí de las palabras evangélicas y así, iluminado por el Espíritu y por la lectura de las bienaventuranzas, puede determinar lo que hoy le da alegría, lo que para él es bienaventuranza. Si no se llega a este nivel, se puede ser también un exegeta, pero no se pone en práctica la Palabra.

Por ejemplo, puedo decir: me da una gran alegría saber que Jesús es mi todo, que no se asombra por mis faltas, que él es mi oración, mi justicia, mi fidelidad, mi devoción, mi salvación... Esta es *para mí* la bienaventuranza. La encuentro en las bienaventuranzas evangélicas y, al mismo tiempo, es *mía*: nace a través de mi propia experiencia de haber aprendido a leer tantas situaciones en el espíritu de las bienaventuranzas originarias: espíritu de humildad, mansedumbre, misericordia, confianza, liberación del llanto...

Podemos reproducir en nuestro modo de vivir, sentir y pensar, y de tantas formas, el conjunto de las actitudes que corresponden a las bienaventuranzas, aquella actitud global que, si bien no es definible con precisión, puede ser entendida por quien es humilde y consigue comprender la unidad de los términos, en apariencia, diversos. Cuando se preguntó a san Francisco qué era la «perfecta *letizia*» -bienaventuranza-, él contestó que consistía en tocar a la puerta de Santa María de los Angeles, ser rechazado con groserías y golpes, y soportarlos «pacientemente, con alegría y buen humor». Aquella situación era *para él* perfecta *letizia*.

La bienaventuranza de san Francisco no está entre las escritas en los evangelios; sin embargo, corresponde a su espíritu; habiendo hecho propias las bienaventuranzas, él las traducía a la manera en la que le hablaban *a él*, consiguiendo así leer tantas situaciones y actitudes bajo su luz.

Cada uno es invitado a formular las bienaventuranzas más cercanas a su condición, confrontando sinceramente y con deseo crítico su formulación con aquella de los evangelios, para verificarla y, eventualmente, corregirla a la luz de la palabra de Jesús. Sin perder nunca de vista que debe haber algo que me interpele.

Junto a las del Sermón de la montaña es útil tener en cuenta aquellas otras bienaventuranzas que se encuentran en los evangelios, y son aproximadamente una docena. He tenido ya la ocasión de recordar algunas de ellas, y ahora añado otras, con

referencia solamente al evangelio de Mateo: «Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal» (16,17); «Dichoso ese criado sí, al llegar su amo, lo encuentra haciendo lo que debe» (24,46).

También es útil considerar las bienaventuranzas que se leen en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos: «Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los malvados» (1,1); «Dichoso el que ve olvidada su culpa y perdonado su pecado» (32,1); «Señor todopoderoso, dichoso el hombre que confía en ti» (84,13); «Dichoso el hombre a quien tú educas, Señor, aquel a quien instruyes con tu ley» (94,12); «Dichosos los que proceden sin tacha y siguen la ley del Señor» (119,1)...

Pienso que este es el trabajo espiritual-hermenéutico al que está llamado cada cristiano, y que los santos han vivido. La expresión de san José Cottolengo: «Fea tierra, bello paraíso», es una forma de las bienaventuranzas; así como lo es el «estribillo» de san Francisco: «Tan grande es el bien que espero que cada pena sea para mí grata».

Es necesario, por tanto, ser rígidos en el análisis exegético y, al mismo tiempo, muy libres en la hermenéutica, que sin embargo debe ser siempre corregida y autenticada con referencia a la exégesis.

Concluyo recordando que, como he subrayado antes, las bienaventuranzas dan el tono a todo el Sermón de la montaña. Las bienaventuranzas son las consecuencias del Reino ya presente, ese Reino que, con la resurrección de Jesús, transforma el sentido de los acontecimientos humanos y cósmicos: el hombre no está a merced de fuerzas oscuras, enemigas, del pecado y de la muerte.

Es la explosión de alegría de las bienaventuranzas. La victoria de Jesús y la instauración del Reino insertan en la historia una comunidad de hombres y mujeres nuevos, una manera de ser por la que el hombre, mezquino y ensimismado, es transformado en un hombre que está de pie, con la cabeza levantada, mirando el cielo y viendo todo *sub specie aeternitatis*. Las bienaventuranzas expresan la alegría de aquel que ha descubierto la fuerza transformadora del Reino y de la resurrección, y en ese contexto hacen vivir todo el Sermón de la montaña.

¿UN DISCURSO IMPRACTICABLE?

Hay un último problema, difícil y delicado, que he señalado hablando del discurso en general: el de la posibilidad de practicar las bienaventuranzas, así como de poner en práctica todo el texto.

En el texto, y aún más en las bienaventuranzas, surge una característica –que está presente en otras páginas del Evangelio, pero que aquí es particularmente mordaz– que defino con Schmidt, un valiente exegeta de los años cuarenta, como la ausencia de toda valoración positiva de la cultura. Es el gran escándalo del Sermón de la montaña. Es suficiente confrontarlo con la Constitución conciliar *Gaudium et spes*, que en cambio subraya –con gran apertura y simpatía– la importancia de la cultura humana, de las instituciones, de la economía, del mercado, del Estado... Una sociedad está fundada sobre la economía, y la economía supone deseo de ganancia, comercio, producción, intercambio, instituciones bancarias... Pero, puesto que el Sermón de la montaña exhorta a no acumular tesoros si no es para el cielo, nos preguntamos: **¿cómo vivir así en una sociedad fundada sobre la economía? La sociedad fundada**

sobre el derecho tiene el objetivo de defender al débil frente el prepotente; pero, si no debemos resistir al mal, ¿qué sentido tienen las instituciones jurídicas? Y si debemos perdonar, ¿qué sentido tiene el sistema penal, que castiga a los delincuentes?

Ya he señalado el hecho de que los católicos buscan soluciones indirectas; algunos exegetas protestantes hablan claramente de la impracticabilidad del Sermón de la montaña, sobre todo con referencia a la sociedad moderna -y también en general-, y ello porque cualquier sociedad tiene reglas e instituciones bastante rígidas.

Además, hablan de «ética sectaria», sin por eso atribuir al término una significación negativa, apta para una pequeña comunidad que se diferencia de la sociedad, que vive en sus márgenes, que no tiene cuentas en el banco, ni tribunales, ni ejércitos, ni comercio, y que vive del propio trabajo de cada día.

Algo similar lo encontramos en la elección monástica católica: los monjes viven en una sociedad propia que se pone en los márgenes de la civil; viven, por así decir, una vida propia; tienen una economía interna autosuficiente en la que es posible practicar distintos aspectos del Sermón de la montaña —si bien no todos, porque también los monasterios tienen necesidades, por ejemplo, la de tener una cuenta en el banco—. Es cierto, según la visión medieval que el Vaticano II corrigió rigurosamente, que solamente los monjes se convertían en santos; los laicos se limitaban a dar limosnas y herencias para que los monjes rezaran y expiaran sus pecados.

Respecto a esta dificultad teórica del discurso, esa presunta impracticabilidad, no existe a mi parecer una solución exacta.

Lo importante es dejarse interrogar, porque el discurso nos ofrece un estímulo continuo para autocriticarnos y superarnos.

No se puede vivir sin las instituciones, y ciertamente la misma Iglesia católica es una gran institución: con sus necesidades, sus posesiones, su relación con la economía, aunque deba tener cuidado con las ganancias demasiado mundanas.

Es cierto que el discurso nos invita a desconfiar siempre de la ambigüedad de las instituciones, en las que la autoridad cae con mucha facilidad en la ambición y en la prepotencia; el poder cae fácilmente en acumulación y en deseo de poseer sin límites; las mismas leyes corren el riesgo de ser ídolos que oprimen a la persona y a su libertad. Está claro que se trata de un discurso incómodo que siempre agujonea; leyéndolo perícopa a perícopa en los próximos días, comprenderemos mejor que no es posible archivarlo con facilidad.

Recuerdo que, a menudo y con fuerza, el discurso me ha interpelado. Ante cada decisión que debía asumir me preguntaba: ¿es según el Evangelio o según el espíritu mundano? ¿Tiene esto en cuenta los valores del Sermón de la montaña o los valores apreciados por la sociedad, pero no necesariamente evangélicos?

No puedo proponer una solución que ni yo mismo he encontrado en todas mis experiencias, sea de vida evangélica «libre», sea de vida institucional. El discurso es ciertamente una provocación fuerte, y debemos leerlo como tal: con gran seriedad, con el deseo de comprender lo que Jesús quiere de nosotros, estimulándonos con palabras tan claras y tan exigentes respecto a la manera con la que normalmente actúa la gente y respecto a la habitual degeneración de las sociedades y las instituciones.